

MARTÍN FIERRO



LA COLONIZACION

Tenia, entre otras, una razón que me obligaba á ser muy poco diligente, para agrandar los dominios de Su Majestad, por medio de mis descubrimientos. Para hablar más claro, tenia ciertos escrúpulos en atención á la poca equitativa justicia de los príncipes en estos casos. Por ejemplo, un equipo de piratas es sorprendido en alta mar por una gran tempestad, luchando en épica batalla con los elementos, uno de los bandidos descubre desde lo alto del mastil, tierra; con esfuerzos sobrehumanos arriban á una playa con ojeo de robar y saquear; llegan á un pueblo inofensivo, y son recibidos bondadosamente; entonces dan al país un nuevo nombre; toman posesión formal de él para su rey; en conmemoración al hecho, colocan una artística lápida; asesinan dos ó tres docenas de naturales, y como muestra de lo que son, se llevan á su patria los vigorosos y fuertes ejemplares de la raza; la patria, por esto, les perdona los males que en ella hicieron antes de su partida. Y aquí empieza ya una posición *acaso* por derecho divino: los indígenas son cazados como fieras ó destruidos brutalmente; sus príncipes son torturados para que entreguen sus tesoros; una amplísima licencia permite los abominables actos de la mas repulsiva lujuria; y así un día y otro, empapan el suelo de sangre de sus habitantes.

Y esta execrable bondad de carniceros empleados, en tan *piadosa* expedición, pertenece á una moderna colonia enviada para convertir y civilizar (?) á un pueblo idólatra y bárbaro...

J. SWIFT

BIER-CONVENT

CUYO esq. MAIPÚ
BUENOS AIRES

— DE —

LUZIO Hnos. Y MONTI

Restaurant y Cerveceria --- Salones especiales para familias y banquetes

Atención Vegetarianos

Restaurant Vegetariano

Unico Establecido en Buenos Aires

449 CALLE 25 DE MAYO 449 (ALTOS)

Acedid á el todos los que desees una vida sana y alegre. Fijos bien que la base de la existencia está constituida por una sana alimentación.

Restaurant Vegetariano

25 de Mayo 449 (altos)

G. San Germier

Por cinco pesos

Se manda libre de porte un surtido de 25 paquetitos de semilla al gusto del comprador, un LINDO OBSEQUIO y un calendario de las sementeras.

Alfalfa de la Pampa

CALLE LIMA 1165 - Buenos Aires

LOS OBREROS

Casa fundada en 1884

DE **Federico Roveda**

ROPA HECHA Y ARTÍCULOS

PARA TRABAJADORES

619 CALLE DEFENSA 619

NOTA. Nuestra ropa no se desdosa. Pida V. catalogo

I. Bonansea

CIRUJANO, DENTISTA - MECANICO

990 Calle Moreno 990

BUENOS AIRES

Justino B. Lamarque

CIRUJANO-DENTISTA

Ex-gefe del consultorio Odontológico de la A. Pública

Horas de consulta: de 8 á 11 y de 1 á 6

Calle Artes 543 - Buenos Aires

FOTOGRAFIA

REFFO

Defensa 861 - Buenos Aires

MARTIN FIERRO

Suplemento semanal de «La Protesta»—aparece los lunes

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: **Santiago del Estero 1072**

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ADELANTADA

EN LA CAPITAL

Trimestre \$ 1.20

Año « 4.80

Exterior: \$ 4 oro al año.

EN EL INTERIOR

Trimestre \$ 1.80

Semestre « 3.50

Año « 6.00

Numero suelto: 10 centavos

— Provincias: 15

AGENCIA DE MARTIN FIERRO EN EL ROSARIO: LIBRERÍA DE E. SOTELO. CÓRDOBA 1288

MARTIN FIERRO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: SANTIAGO DEL ESTERO 1072

DIRECTOR: ALBERTO GHIRALDO

Año I

Buenos Aires, Enero 9 de 1905

Núm. 44

En las cuchillas

Con motivo de la última revolución uruguaya tuve ocasión de ver, bien de cerca y en diferentes aspectos, esa *bête humaine* tan feroz y salvaje aún hoy en que los laboratorios y las academias fecundizan la promisoriosa semilla de un mañana mejor.

Fué en aquellos campamentos criollos, al rededor del fogón clásico, que tuve la comprensión exacta de todo lo que de bajo y vil encierra todavía en sí el humano espíritu, comprendiendo al mismo tiempo la urgente necesidad de un hondo trabajo de zapa á fin de desarraigar venenosos árboles que crecen en la floresta del corazón.

Aquellos que Pedro Lavroff denominaba *desheredados de la historia y salvajes de la civilización*, aparecieron á mi vista delineados con los trazos crueles y exactos de la realidad, crudamente marcados en los primeros días, separados aun por los diferentes medios que hasta allí constituyeran su vida, luego unidos en una mescolanza salvaje y feroz, regresados todos al ayer de la bestia, bajo el influjo del atavismo, despertado por las exigencias de la vida primitiva de los campamentos.

Los *salvajes de la civilización*, esto es, aquellos que á pesar de un completo ó relativo bienestar material no consiguieron pasar del nivel inferior en la parte intelectual, lo que explica su *combativismo*, su manía guerrera y el embaucamiento con que se dejan ilusionar para ir á *combatir por las sagradas libertades*, iban al campamento con un aire de dandismo de ciudad, de que los otros, los *desheredados*, burlábanse con los epigramas sangrientos del campesino criollo. Iban allá los pobres hijos de *familias bien*, con sus ponchos nuevos y sus botas flamantes, con las *garras* adquiridas á costa de muchas economías y estrenadas en esa ocasión, luciendo bienestar material y provocando los dicharachos groseros de la turba sin hogar y sin nombre, piedra angular de tales movimientos armados, que bien caro se prometía hacer pagar al *mozo paquete* la *parada* traída de la ciudad. Y días después los pobres muchachos lamentaban la pérdida ó el cambio, por otras rotas é inservibles, de las principales prendas con que *fueron á la patriada*.

Y así los he visto, curtiéndose y endureciéndose en lo moral, como en lo físico se curtía su tez bajo el ardiente sol, hasta confundirse con los miserables y los vagabundos, para quienes una revolución significa unos cuantos meses sin preocupaciones, comiendo y bebiendo cuando tenían qué, pero

siempre alegres y tranquilos, con esa despreocupación del habitante de las cuchillas suramericanas que circunscriben su felicidad en tener una *pava* al fuego, el mate en la mano y un caballo ensillado.

Aspirantes á Doctor y cuarteadores de diligencias, danditos de avenida y peones de estancia, he visto unidos, no por la fraternidad que el peligro establece entre los hombres, unidos por los mismos atavismos, que en el medio corrupto de los campamentos ambulantes son simbolizados por los vicios más bajos, por las abyecciones más crueles.

Es de ver como el barniz de la civilización se disuelve y aparece claro y visible para todos el vello rudo del antropoide primitivo y los instintos salvajes de las fieras. La conversación del campamento hiede á sangre, y risotadas homéricas he oído vibrar en el silencio de las noches, coreando hazañas patrióticas en las que el cuchillo ejerce de protagonista y en las que la fantasía del que relata se exhibe en divagaciones mórbidas, pintando á lo vivo el último estertor de un moribundo, los estremecimientos de un herido, ó las contracciones de un degollado, cuando el filoso cuchillo se hunde en la carne palpitante, haciendo brotar raudales de sangre....

Y hay que ver la fisionomía del que relata el hecho y la actitud de los oyentes. El que describe lo hace como un actor, su voz toma inflexiones diversas, sus brazos ágiles comentan el hecho, sub-rayan la frase, y como un poeta goza en divagar; describe todos los detalles y minuciosamente recuerda todos las particularidades de lo que describe. Los oyentes comentan con algún grito gutural ó alguna palabra malsonante, y es tanta la fascinación que en aquellos cerebros pervertidos por la vida brutal del campamento producen ciertos relatos, que más de una riña he presenciado, más de una discusión con aires trágicos he visto poner punto final á relatos bochornosos á la dignidad, por lo que de cruel y bárbaro tenian.

El primer efecto de la vida del campamento es el de suprimir la sensibilidad; el continuo trato con hombres de por sí crueles, la alimentación exclusivamente carnívora y la vista del *carneo* diario, tornan al hombre incapaz de sentir cariño hacia los animales, fraternidad para con los hombres. Los sentimientos de humanidad desaparecen, el espíritu se petrifica y el más feroz egoísmo impera, hasta el punto de que el *carqueo*

que sucede á la batalla y en que los heridos y muertos son despojados de sus prendas, se convierte en un nuevo combate en que grupos de tres ó cuatro hombres luchan por la posesión de un poncho raído, de unas botas, un sombrero, ó por el derecho de registrar los bolsillos de algún oficial caído. Hé conocido á un negro que después de un combate hirió á tres compañeros para posesionarse de un jefe muerto en cuyo cinto halló más de cien libras esterlinas. Excusado será decir que ese dinero tuvo la duración de la célebre rosa de Malherbe, pues un *pulpero* avisado y nada tonto *se las ganó* á la taba, después de copiosas libaciones.

Suprimida la sensibilidad para todo lo que vive, la crueldad comina despoíticamente, enseñoreándose en el corazón del hombre. La vida tiene en poco y por un simple capricho cométese horrores que la necesidad no impone. Así se va haciendo escuela hacia el salvajismo que se demuestra en el campo de batalla, ó en la ferocidad que sigue al combate, y en que al toque de *carleo* mátese á un herido para conquistar unas miserables piltrafas.

El mismo hombre que en épocas normales sería incapaz de hacer daño á un hombre ó á un animal, exhibe en esas ocasiones los más feroces y perversos instintos, complaciéndose, con un esplíitu inquisitorial, en inventar torturas bárbaras para acabar con los heridos á su alcance.

El degüello es la fórmula común; tiene, empero, sus variantes, y desde la *estaqueadura* en un poste de alambrado, á la que se hace á veinte centímetros del fogón, vá un muldo de barbarie usado sin sonrojo por muchos *caballeros* que á las pocas semanas de estar en el campamento en nada se diferencian del matrero audaz cuya mirada tiene fulgoros sangrientos, y cuya quisquillosidad es proverbial pronto al salto atrás y al maloteo al facon á la primer palabra atentatoria á su dignidad... de bandido.

Pero no solamente la vida del campamento enduécose tornando insensible á todos los sentimientos humanitarios, como hace aun que el hombre retrograde á la bestialidad primitiva, obrando como un habitante de las épocas prehistóricas.

Individuos que en el continuo trajineo de esos últimos meses de lucha habían perdido su escasa ropa, he visto vestidos con ropas hechas de pieles de oveja y carnero para guardarse de los frios del invierno.

—Per qué no se quita el poncho?—pregunté un día á uno que vino á donde yo estaba, á pedir una *manita de yerba*.

—Porque si me lo saco quedo como vine al mundo..., respondió. Y, levantando el poncho, mostróme que por debajo de esa única prenda estaba enteramente desnudo.

Así hicieron la última patriada, por ambas partes, treinta mil hombres, pues tan mal alimentados y vestidos iban unos como

otros, y tanta ferocidad demostraron en sus hechos gubernistas como revolucionarios.

— ¡Qué quiere, amigo, — me decía un oficial revolucionario, — los muchachos andan calientes y hay que abrirles las válvulas, y después de todo, cuantos menos «salvajes» haya, mejor...

Referíase ese oficial joven instruido, hijo de apreciable familia, á los degüellos ocurridos después de sangriento combate. Respresalias... por anticipado.

Por ambas partes fueron cometidos horrores, inexplicables si la pasión política no fuera suficiente para explicarlo todo, y los que por su educación ó por el medio en que hasta entonces vivieran estaban obligados á comportarse de otra manera, pero cuya adaptación á la animalidad de las hordas se había realizado sin tropiezo y con la máxima facilidad.

La última vez que pude contemplar ambos ejércitos combatientes fué poco antes de la paz, cuando al pasar el Rio Negro numerosas divisiones invadieron el territorio brasileño. Los revolucionarios iban destrozados, fatigados por esa lucha tan prolongada, hambrientos, pareciendo antes una horda bárbara en invasión conquistadora que un ejército formado por los *intelectuales* (1) de un país. Los gubernistas, por su parte, iban en iguales ó peores condiciones, pues su adversario dejaba tras sí talado el campo y devastado todo á su paso. Bien puede decirse que donde uno de los dos ejércitos posaba la planta, *desaparecía* hasta la yerba. Y, ay del que venía detrás, encontraba el peor enemigo en la falta de ganado, caballos, leña, etc., constituyendo á veces *esa marcha del patriotismo* una verdadera marcha fúnebre, guiada por la miseria, seguida por la muerte.

Y así se lanzaron al campo 30.000 hombres, diciendo muy alto lo que son las miserias humanas, y hasta donde llega la inbecilidad, el cretinismo de esa bestia que es el hombre, mas cruel y salvaje por usar del raciocinio.

Pobres cuchillas, las que he visto palpitantes de vida, rebosantes de savia, lujuriantes bajo el sol y la lluvia, alegres bajo el cuidado inmenso del cariño del hombre, y que he visto tambien silentes, abandonadas, con ese silencio fúnebre que precede á la muerte oyendo en más de una ocasión, allá, á lo lejos, la fusilería y el cañoneo bárbaros, y que he sentido temblar, como espantada de horrible sacrilegio, bajo el galope salvaje de la turba desenfrenada, esa turba inbécil y estúpida que vá á regar con su sangre los despotismos del Poder y de la Ambición, olvidando que la tierra esterilizase si sobre ella cae otro riego que el rocío que fecunda y el del sudor que engrandece.

JUAN MAS Y PI

Se castigan los asesinatos que cometen los particulares.

¿Y que se dirá de las guerras y de los asesinatos que llamamos gloriosos por que destruyen naciones enteras? El amor de las conquistas, es una locura: los conquistadores son azotes más funestos á la humanidad que las inundaciones y los terremotos. Alejandro, bandido ya en la infancia, destructor de naciones, apreciaba como un bien soberano ser el terror de los hombres.—SÉNECA

Clásicos Criollos

Dialogo que en la costa del arroyo Canelones en la Banda Oriental, tuvieron los paisanos Norberto Flores y Ramón Guevara, el 29 de Noviembre de 1839, época en que fué invadida aquella República por el ejército de Rosas al mando del general Echagüe.

GUEVARA AL RECIBIR A NORBERTO EN EL PALESENQUE

Es usted, amigo Norberto?
¡Dichoso de quien lo vé!
¡Mire qué se hace *desiar*!
¡Ah, hijo de la... no se qué!

FLORES

Yo soy, paisano Guevara;
con salud lo guarde el cielo;
tiempo hacia, le aseguro,
que andaba *desiando* verlo.

GUEVARA

Pues, velay, acá me tiene
á su maníao, aparcerero:
déjese cair de una vez:
desensille el *asulejo*,
y vamos á la *ramada*
á tomar un *verde* al fresco,
ó un *churrasco*, si le agrada.
Como guste, compañero.

FLORES

Pues, señor, vamos allá.
Con que, ¿cómo le vá yendo?

GUEVARA

Rigularmente; ¿y á usted?

FLORES

Así me vá *medio fero*;
pero, por fin, con salud,
que es todo cuanto *aprecio*
hoy que me hallo en el *ceber*
de pasar duro y parejo
en donde quiera. ¿Y usted,
que tal se siente, aparcerero?

GUEVARA

La pregunta es excusada,
porque nunca saco el cuerpo
para defender mi tierra,
y en el día mucho menos,
al ver las atrocidades
que por ahí vienen haciendo
los *Guaicuruces* de Rosas,
que nos vienen invadiendo.

FLORES

¿Ha visto? esta madrugada
me contó Perico Cielo,
que en la costa del *Queguay*,
a lo del amigo Antero
cargaron los *Guaicuruces*
allá al rayar el *ucero*,
y rodearon la *tapera*,
á la cuenta presumiendo
que fuese una estancia rica,
y después, á penas vieron
los mojinets al aire,
para el ranchito embistieron
como baguales al aire.

Y ya usted sabe, aparcerero,
que allí junto á la *tapera*
está la casa de Antero,
que es un rancho miserable
que de mirarlo da sueño.

Con todo, los *Guaicuruces*
se dejaron caer al suelo
y á la puerta atropellaron
como á la carne los perros;
y al primer arrempujón
¡á las pu...ntas salto el cuero!
y en seguida se colgaron,
y principió el manoteo.

La infeliz dueña de casa,
que tenía el buche lleno
y ya andaba por parir
del *julepe* soltó el guevo;
y luego en la oscuridá,
dejando la cria adentro,
apenas en una jerga
se envolvió y salió juyendo,
y á fin de salvar la vida
se *asotó* en un pozo ciego,
que está allí junto á las casas,
por fortuna cuasi lleno
de osamentas y basuras;
y allí fueron los lamentos
de la infeliz *ña Severa*,
al sentir que estaba ardiendo
por todas partes el rancho.
Pues oiga, amigo, no es cuento
lo que voy á relatarle:

Después de matar al viejo
y robarse cuanto había,
le atracaron mecha y fuego
al rancho en las cuatro puntas:
de conformidad que luego
quedó la casa pareja
con el piso del *rodeo*,
y en medio de los tizones
hecho *chicarron Antero*
y el pobre recién nacido.
Últimamente salieron,
y entre gritos y alaridos
apuntaron al *chiqueo*,
y mataron las ovejas
yo mismo que á los carneros,
y al fin hasta á las gallinas
les quebraron el p...suezo.

Después de esas fechorias
á media rienda rompieron:
y luego *señá Severa*,
al sentir el *pago* quieto,
saliendo del pozo apenas
y arrastrando por el suelo,
se sentó justo al rescoldo
y entró a llorar sin consuelo
al ver su hijo *chamuscao*
y á su marido lo mesmo;

de suerte que la infeliz también allí hubiese muerto, si no es la casualidad que el mismo Parico Cielo llegó y la montó en *las ancas* y la trujo al campamento, arde la vi antes de ayer... ¡Delgada que daba miedo!

GUEVARA

¡Barbaridad! Ahí tiene, amigo, lo que hemos aventajado después de tantos afanes por hacer patria... ¡Barajol! ¡si seremos infelices! Pero... ¡por Cristo, paisano! usted, que es más alvertido, no me dirá: ¿dónde diablos nos salen los Guaicuruces y los gauchos Entre-riños á traernos á nuestras tierras esta guerra, estos estragos?

FLORES

Eso preguntese! á nuestros propios paisanos,

(Concluirá.)

HILARIO ASCASUBI.

Medios de preservarse contra la locura

La locura es un estado de incoordinación de las ideas y de los sentimientos, la anarquía dentro del espíritu, una gran relajación de la voluntad. Empleando aquí el término *voluntad*, no nos referimos á una entidad ilusoria. Nada existe parecido á una fuerza capaz de gobernar á nuestros sentimientos y que sea independiente de los mismos. Entendemos por *voluntad* el conjunto de nuestras voliciones; y lo que llamamos *volición* consiste en el hecho de que un estado de conciencia, más ó menos favorecido por la *espontaneidad orgánica* (1), domina á los otros al par que tenemos conciencia de un estado de oposición, de un esfuerzo interno. Lo que llamamos esfuerzo voluntario, reside en el sentimiento mismo que se afirma y en la espontaneidad fisiológica que lo favorece. Con la palabra *voluntad* designamos, pues, el conjunto de los complicados procesos de coordinación de los movimientos (movimientos musculares ó espirituales), y de ningún modo una fuerza extraña á las emociones ó sensaciones y á la espontaneidad fisiológica. La idea pura—factor que no hemos mencionado—no crea movimiento

alguno, solamente lo encauza; está por otra parte intimamente ligada al Deseo y nada tiene que ver con el concepto metafísico de la voluntad.

Con estas aclaraciones de carácter psicológico, y definido el sentido de las palabras, podemos decir, sin dar lugar á confusas interpretaciones, que: todo lo que contribuya á fortalecer la voluntad—que todo lo que contribuya á coordinar los elementos del espíritu—es una garantía contra la locura.

Lo contrario de la locura es la organización, disciplina ó gobierno de los sentimientos. Podemos distinguir tres formas de esta disciplina:

1º. (La más rara y la más sólida), consiste en un estado de equilibrio ó armonía del carácter que resulta de una salud física de primer orden y de la costumbre de una vida racional—es una disciplina milagrosa dentro de la presente Sociedad.

2º. En otras personas el gobierno dentro del espíritu se establece por la existencia de uno ó varios sentimientos mucho más poderosos que los demás. Por eso, un fin elevado, perseguido apasionadamente por toda la vida, es la circunstancia salvadora para muchos predisuestos á la locura. Si este fin—grande en sí mismo, ó relativamente para el sujeto—faltara, la corriente tumultuosa de los pensamientos y de las afectaciones del psurópata lo arrastraría á la locura. Sin número de extravagancias y excentricidades (perjudiciales ó benéficas para la marcha de la sociedad; estúpidas ó luminosas) por tristes, absurdas ó perversas que puedan parecer, son en todo caso un mal que evita otro mayor, una especie de locura larvada.

3º. En el caso anterior hemos clasificado aquellos temperamentos que, lindando con la neurosis, se caracterizan por una vida

(1) El movimiento precede á la sensación; en el origen es independiente de todo estímulo exterior. La actividad es una propiedad más íntima que cualquier sensación. Algunas pruebas: 1º. El hecho fisiológico de una descarga central de energía nerviosa no causada por ningún estímulo exterior; 2º. La actividad de los músculos involuntarios que se manifiesta en la respiración, en la circulación de la sangre, etc. 3º. Cuando uno se despierta, en general, el movimiento parece preceder á la sensación; 4º. El mismo hecho se nota en los primeros movimientos del niño, y en los de los animales jóvenes; en la actividad que se despierta cuando se tienen los nervios excitados, ó en la que demuestra un temperamento más activo que sensible. Estos hechos testimonian que tenemos una provisión de energía nerviosa, que se acumula mientras el sistema se alimenta y reposa, la cual puede entrar en actividad independientemente de estímulos exteriores ó de sentimientos: La espontaneidad es, pues, un resultado inmediato de la nutrición.

espiritual intensa y una acentuada personalidad. El tercer caso comprende, probablemente, un número mucho mayor, de individuos cuya salud mental vacilante parece sólida—personas sin ninguna pasión espiritual que pueda gobernarlos, y que, aunque desquiciados en el fondo, se salvan de la locura y logran una relativa coherencia de carácter, debido á que son por naturaleza dóciles á la sugestión de su ambiente. Imitando la vida de la mayoría de los hombres, se acostumbra fácilmente á los modos de conducta ordinarios, cuyo prestigio experimentan en grado sumo. Y, haciendo el gesto de la cordura, obtienen, por una autosugestión, un sustitutivo de la salud espiritual. Su obediencia á la moral y á las costumbres de la Sociedad acaba por organizar medianamente su carácter, y de esa manera se aseguran contra las acechanzas de la enfermedad.

Con el desarrollo de la civilización—del sistema de sociedad basado en la propiedad privada—cuya faz actual es en primer término «la respetabilidad de la riqueza», se ha constatado el incremento de la locura y de las enfermedades nerviosas. Este hecho, que la estadística denuncia, podría comprobarse directamente si la mayoría de nuestros contemporáneos tuviera un par de ojos tan buenos para observar los hechos psicológicos, como los tiene, al transitar por las calles, para evitar cualquier accidente de menor cuantía.

Todos, mas ó menos, llevamos los gérmenes de la alienación mental, y quien sea capaz de alta previsión y vele por sus hijos, debe realizar serios esfuerzos para fortalecer su espíritu, aún cuando todavía su propio estado no le inspire inquietud alguna. Porque los hijos de un gran trabajador mental, por ejemplo, ya están en camino á la degeneración. El problema se planteará con mas ó menos urgencia, pero para todos consiste como se ha dicho, en robustecer la coordinación de los diversos elementos de su espíritu, en desarrollar las voliciones orientadas hacia un ideal de salud. Esto es difícil; pero posible siempre, en mayor ó menor grado.

Las voliciones del alienado son raras y por lo general débiles, pero existen—más aún: en algunos casos adquieren fuerza sorprendente. El temor de sufrir abandonándose á las propensiones de su locura, basta amenudo para que el enfermo pueda reprimirlas. La firmeza con que algunos alienados disimulan su delirio cuando les conviene hacerlo, es notable. Impulsos desesperados de manía suicida y de manía homicida son en ciertos casos suspendidos temporariamente y á veces desterrados del todo. Es decir que la insubordinación de los sentimientos en el loco no es absoluta, y puede á veces sobrevenir una reacción por el desarrollo natural ó artificial de las voliciones adecuadas, que dé por resultado la curación. Ahora bien, el régimen, deliberado ó no, que ha sido suficiente para curar al enfermo; observado desde el principio, habría impedido la enfermedad.

En presencia de un carácter desastroso serían inútiles todos los consejos ó invitaciones para que el sujeto cambiara su sistema de vida—pues las voliciones sólo se

desarrollan por su ejercicio, y querer transformar un carácter es pretender deshacer la historia de toda una vida. Sin embargo la historia de toda una vida de desorden, suele contener los esfuerzos de reacción que de cuando en cuando ha realizado la persona, y estos esfuerzos podrían estimularse con algún resultado en casos especiales.

Si es difícil, y casi siempre imposible, enderezar un carácter formado, no lo es orientar favorablemente desde temprano el mal carácter de un niño. Aquí no hay historia que destruir, y la herencia puede corregirse, con tanto éxito como grande sea la dedicación y la ciencia del padre.

Toda vez que las amenazas que profiere nuestra dolorosa experiencia, despiertan la clara intelección de nuestras acciones y nos iluminan el camino de la salud, quedamos en condiciones de reformar nuestro carácter. En primer lugar el análisis nos revelará, cuales inclinaciones sería necesario debilitar y cuales fortalecer. La idea así obtenida, aunque fuera un convencimiento pleno, sería inútil si esperásemos que había de obrar directamente sobre los sentimientos. Con puras reflexiones no se resuelve ninguno de los problemas de nuestra conducta. Es cierto que esa idea encarna un deseo—un principio de acción—pero un deseo débil, que podrá parecer profundo cuando se encuentra solo y en el momento de despertarse; pero que desaparece delante de las fuertes inclinaciones habituales.

Esa idea es, no obstante, muy eficaz cuando se aplica en los momentos de calma; cuando no pretente luchar de frente con ninguna pasión, cuando se limita á elegir las circunstancias en que se desarrolle nuestra vida. Así, pues, trazado el ideal á que queremos aproximarnos, nos colocaremos en las circunstancias favorables, evitando las situaciones en que la tentación se señala y buscando los buenos estímulos externos y la buena disposición fisiológica. A este expdient e poderosísimo, siempre en vista en las horas tranquilas, hay que añadir el ejercicio habitual de las voliciones elejidas.

Del mismo modo que, por la práctica, podemos coordinar la actividad de nuestros músculos para la ejecución de actos complicados, imposibles sin esa previa ejercitación; podemos, por la práctica desarrollar y coordinar nuestros sentimientos y pensamientos para el logro de un objetivo determinado, ó en subordinación á un determinado ideal de vida.

(Concluirá).

JULIO MOLINA Y VEDIA.

El hombre es inconstante y se hace cruces de que la mujer sea coqueta; miente amor á la mujer, la seduce, la engaña y se admira de que ella se prostituya. ¡Seamos lógicos! Confesemos que las faltas de las mujeres son penas impuestas en el código del amor á los delitos de los hombres.

ABDON DE PAZ.

LECTURAS

Si un día se os dijese que todos los gatos de un gran país se habían reunido á miles en una llanura; que despues de haber mayado con rabia, se habían lanzado furiosamente unos sobre otros, haciendo uso de uñas y dientes, y que de resulta de ésta pelea quedaban sobre el terreno nueve ó diez mil gatos muertos infestando el aire á diez leguas á la redonda, seguramente exclamarías: «He ahí una de las concepciones más abominables que la imaginación puede concebir.» Si los lobos hicieran otro tanto, ¡qué aullidos, qué carnicería! Si por añadidura unos y otros dijeran que aman la gloria, deduciríamos de ello que les parece glorioso destruir y aniquilar su propia especie, y como resultado reirías compasivamente de esas pobres bestias — LA BRUYÈRE.

Las naciones están destinadas á fundirse para formar una sola que destruya las fronteras.—CHEVREUIL.

Modificación del carácter

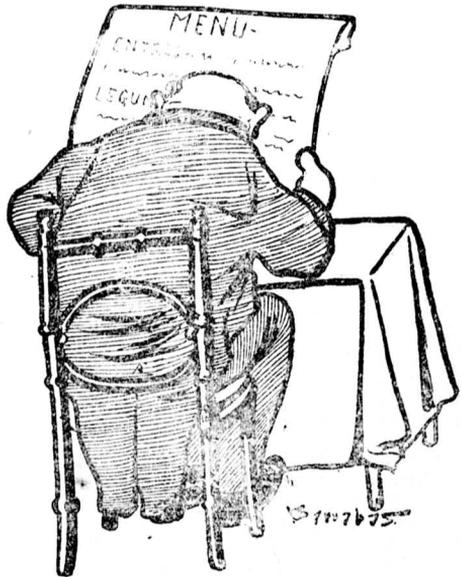
Un día Forel reunió en un mismo aparato amazonas, hormigas sanguíneas y otras cuatro ó cinco especies dejándolas crecer juntas. Las amazonas no mostraron en nada su ferocidad habitual, permanecieron tranquilas y como suele suceder cuando se las cría juntas, todas se condujeron muy bien, se repartían y daban mutuamente la miel, etc. Cuando Forel las puso en libertad permanecieron juntas y se transportaron recíprocamente al nuevo domicilio. Una pequeña *sanguinea* quiso apoderarse de una amazona para transportarla. Durante el trayecto, la conducida procura por lo general hacerle un ovillo sobre la cabeza de la que la lleva á fin de facilitarle sus movimientos. Pero como la amazona no ejecutó ó no quiso ejecutar esta maniobra, la *sanguinea* se contentó con cojerla por una pata y arrastrábala de este modo hacia el nido. Esta se encabritaba, pero como no llegó hasta morder, la conducción se efectuaba tranquilamente. Al cabo de poco rato la *sanguinea* soltó á su compañera para ir á reconocer el terreno. Azorada la amazona se puso á correr de uno á otro lado. Una *rufa*, ú hormiga de los bosques, perteneciente á la misma asociación, que pasaba por allí por casualidad y viendo el azoramiento de la amazona, quiso trasportarla más lejos. Opúsose desde luego la amazona y como las hormigas de los bosques no suelen brillar por su habilidad, no supo como arreglárselas para lograr su objeto. En este instante vuelve la *sanguinea* y con sus antenas se puso á tocar las de la *rufa*. La explicación debió ser satisfactoria, pues la última soltó su presa y

cedióla á la amazona que la condujo al nido.

Esta amistad, artificialmente creada entre especies diversas y naturalmente hostiles, demuestra hasta la evidencia hasta que punto la educación y las primeras impresiones de la juventud pueden modificar el carácter innato y el «instinto».

L. BÜCHNER

EN EL RESTAURANT



—; Y dice "El Diario" que la huelga de cocineros ha terminado!... ¡Vaya un menú!

El libre-pensador

Sonámbulo de un sueño de grandeza
sobre el haz de la tierra se levanta,
pesando sobre el pecho la cabeza,
é infatigable el paso de su planta...
El, habla al Pueblo del amor humano...
de la igualdad del hombre sobre el suelo...
«de un derecho» á las leyes soberano...
del bien de todos, «á pesar del cielo...»

Y sombría la faz, meditabundo
«en la alborada hermosa» que predice:
de pueblo en pueblo vaga por el mundo,
dejando en cada mente lo que dice:

«Arbitro de la vida, sea el hombre:
pues que Natura, «Rey le hizo de todo...»
busque en la ciencia el rango de su nombre;
el ideal de Cristo, sobre el lodo;
y, en el *in pace* atrás de ese martirio
á que «el puño del fuerte,» le sugeta...
con la obsesión sublime de un delirio,
más que sabio, levántese profeta:
Moises, de tanta luz que lo deslumbró
al concebir «la nueva democracia...»
¡Y grande, vencedor trepe la cumbre
para herir desde allá, *la aristocracia!*

La vida sin misterios, yo proclamo
ante «el error sagrado» del presente...
Soy con mis creencias, libre: sin más *amo*
que la Equidad de la Razón vidente...
Soy más dios, «que esos Budhas de las greyes»
El dolor dá, la verdadera ciencia:

¡el viejo dogma de la Fé y las Leyes,
caduca al fallo fiel de mi conciencia!

Nó: ni Momias ni Greyes ni Opresores,
de «esos» que en su ignorancia el débil ama...
¡caigan del trono «autócratas señores...»
como frutos podridos de la rama!
La virtud, la verdad y la ventura...
«amando el bien», pretenda el ser humano:
¡es la tierra más riente en su amargura...
que el cielo con la gloria de su arcano!

Trabaja y sufre, Pueblo. Pero, «piensa...» (1)
Vivir, es lucha... Y es la lucha, vida...
«Vive,» en el limbo de tu angustia inmensa...
que iris de luz, germinará tu herida!
Sufre el dolor, para ser grande y fuerte...
«Tu sangre roja», elige por sudario...
¡La ventura que buscas en la Muerte...
está en la «Vida Eterna del calvario!»

Y el libre-pensador, meditabundo...
pesando sobre el pecho la cabeza...
se aleja infatigable por el mundo...
«¡sonámbulo de un sueño de grandeza...!»

CARLOS SURIGUEZ Y ACHA.

Rosario, Diciembre de 1901.

(1) Si se quiere conocer en toda su intensidad éste pensamiento, léase «La Comedia Social» del mismo autor.

Dolorosos y terribles

—¡Sombras que marchan rugiendo
Como tormenta en la noche!—
Así son mis pensamientos.

*Van comitando el estrago
Y al unisono vertiendo
El agua fecundizante
De los gloriosos engendros.*

ALBERTO GIRRALDO.

EL MIEDO

Concluida la comida, subimos al puente.
Delante de nuestros ojos, el Mediterráneo
extendiase tranquilo, iluminado por la luna.
El gran vapor se deslizaba por la superficie
del mar, lanzando al cielo lleno de estre-
llas una gran serpiente de humo negro;
detrás de nosotros, el agua blanca, agitada
por el paso del pesado buque, batida por
la hélice, cubriase, de espuma, parecía tor-
cerse: brillaba con una fosforescencia tal, que
se hubiera dicho era la luz de la luna hir-
viendo.

Nos hallábamos allí reunidos seis ú ocho,
dirigiendo en silencio la mirada hacia el
África que era adonde íbamos. El coman-
dante, que fumaba un cigarro en medio del
grupo, dijo de repente, continuando la con-
versación de la comida:

—Si; tuve miedo aquel día. Mi buque que-
dó seis horas con aquella roca en el vientre;
batido furiosamente por el mar. Felizmente
el anochecer nos recogió un vapor carbo-
nero inglés que nos vió.

Entonces un hombre de alta estatura, de
rostro tostado por el sol, de aspecto grave;
uno de aquellos hombres que se deja ver
han atravesado países desconocidos, en me-
dio de incesantes peligros, cuyo ojo parece
guardar en su profundidad algo de los lu-
gares extraños que ha visto; uno de aque-
llos hombres en los que se advirta un valor á
toda prueba, habló por primera vez:

—Dice usted, comandante, que tuvo usted
miedo; no lo creo. Se equivocó usted respec-
to de la palabra y de la sensación que ex-
perimentó usted. Un hombre enérgico jamás
tiene miedo delante del peligro inminente.
Siéntese conmovido, agitado, ansioso; pero
el miedo es una cosa muy distinta.

Contestó el comandante, riendo:

—¡Caramba! Le aseguro á usted que tuve
miedo, yo.

Entonces, el hombre de cara bronceada
dijo con voz brutal:

—Permitame usted que me explique: el
miedo (los más valientes pueden tener mie-

do) es algo terrible; una sensación atroz, como una descomposición del alma, un espasmo horrible del pensamiento y del corazón, cuyo solo recuerdo produce un estremecimiento doloroso. Pero cuando uno es valiente, esto no sucede ni delante de un ataque, ni delante de la muerte inevitable, ni delante del peligro en todas sus formas conocidas: sucede en ciertas circunstancias anormales, bajo ciertas influencias misteriosas, delante de un peligro indefinido. El verdadero miedo es como una reminiscencia de los terrores fantásticos de otros tiempos. Un hombre que cree en las apariciones de las ánimas, y que se imagina ver un espectro en la oscuridad de la noche, debe sentir el miedo en todo su espantoso horror.

He adivinado yo el miedo en pleno día, hace diez años, mas ó menos. Lo sentí el invierno pasado, una noche de Diciembre.

Sin embargo, he corrido muchos peligros, me he hallado en muchos trances que parecían mortales.

Voy á contarles lo que me pasó en Africa: Atravesaba yo las grandes dunas al sur de Uargla. Aquel país es uno de los más extraños del mundo. Imaginense ustedes el Océano, el mismo Océano, transformando en arena, en medio de una borrasca; imagínense ustedes una tormenta silenciosa con olas inmóviles de arena amarilla. Aquellas olas son altas á veces como montañas, desiguales, como levantadas por un viento furioso; pero más grandes y estriadas aún que las olas del mar. Sobre aquel Océano de desolación, mudo y sin movimiento, el sol abrasador del Sur derrama su directa llama implacable. Hay que subir aquellas olas de cenizas de oro, bajar, subir; volver á subir sin cesar, sin descansar, sin sombra. Los caballos jadean, hundiéndose hasta la rodilla, se deslizan al bajar la otra vertiente de las sorprendentes colinas. Éramos

dos amigos, acompañados por ocho *spahis* y cuatro camellos con sus conductores. Ya no hablábamos más, rendidos por el calor y la fatiga sedientos como aquel desierto ardiente. De repente, uno de nuestros hombres lanzó una especie de grito: todos se detuvieron. Quedamos inmóviles, sorprendidos por un fenómeno inexplicable, conocido sólo por los viajeros de aquellas regiones perdidas.

En alguna parte, cerca de nosotros, en una dirección indeterminada, sonaba un tambor, el misterioso tambor de las dunas; se oía perfectamente, hora más vibrante, hora más apagado; deteniéndose y emprendiendo de nuevo su fantástico redoble.

Los árabes se miraban mutuamente, espantados; uno de ellos dijo en su lengua: «La muerte está encima de nosotros.» No bien hubo hablado, cuando de pronto, mi compañero, mi amigo casi mi

hermano, cayó del caballo, fulminado por una insolación.

Durante dos horas, mientras intentaba yo en vano salvarlo, el tambor invisible, me llenaba los oídos con su sonido monótono, intermitente, incomprensible. Sentía penetrar hasta en mis huesos el miedo, el verdadero miedo, el horrible miedo, delante de aquel cadáver animado, en aquel hoyo incendiado por el sol, entre cuatro montes de arena, mientras el eco desconocido nos enviaba, á docientas leguas de toda población, el rápido redoble del tambor.

Comprendí aquel día lo que es tener miedo; lo comprendí mejor aún en otra ocasión

Lo interrumpió el comandante:

—¿Y el sonido del tambor, que era?

Contestó el viajero:

—No sé. Nadie lo sabe. Los viajeros, sorprendidos por aquel ruido singular, lo atribuyen generalmente al eco aumentado, multiplicado, extraordinariamente hinchado por las depresiones entre las dunas, de los granos de arena que, llevados por el viento, van á caer en forma de granizo sobre las matas de hierbas secas; pues siempre se ha observado que el fenómeno se produce en la proximidad de pequeñas plantas quemadas por el sol, y duras como pergamino.

Este tambor no sería, pues, sino una especie de miraje del sonido; nada más. Pero sólo supe esto mucho tiempo después.

Pasemos á mi segunda emoción:

El invierno pasado me hallaba yo en un bosque, al nordeste de Francia. Llegó la noche dos horas antes de lo debido, gracias á la enorme oscuridad del cielo. Llevaba como guía á un aldeano que caminaba á mi lado, por un pequeño sendero, bajo una bóveda de abetos que, con el viento que se había desencadenado, producían un sonido que parecía un quejido. A través de sus co-

LA RÊVE DU CONQUISTADOR

*Je suis le Chevalier de l'exquise aventure...
Pour suivre jusqu'au bout mon fier tempérament,
Il me faut l'exploit rare, héroïque et charmant
Qui permette à mon aile une immense envergure!*

*Sur un fleuve inconnu, d'un royale allure,
Au mât le pavillon fleuri du sentiment,
Ma nef d'ivoire irait au caprice du vent
Découvrir un métal sans tare ni souillure.*

*J'en ferais un cimier de prince féodal,
Avec, tout éployé, l'aigle de mon audace,
Dardant sur le soleil l'éclair d'un œil brutal!*

*Ma Durandal à moi oncques ne serait lasse;
Mon cheval hennirait comme sonne un clairon,
Cabré, surnaturel, sous mon coup d'éperon,*

Et je ferais jaillir des astres dans l'espace!

pas veía correr precipitadamente las nubes, como si huyeran espantadas. A veces, bajo una inmensa ráfaga, todo el bosque se inclinaba en la misma dirección con un quejido de sufrimiento; me sentía helado, á pesar de mi marcha apresurada y de mis abrigados vestidos.

Debíamos cenar y dormir en casa de uno de los guardas del bosque, cuya vivienda estaba ya muy cercana. Iba yo allí para cazar.

Mi guía levantaba de vez en cuando los ojos, murmurando: «¿Qué noche tan triste!». Luego me habló de la familia que debía hospedarlos. El padre había muerto á un cazador de contrabando, hacia dos años, y desde entonces estaba taciturno, como angustiado por un recuerdo. Sus dos hijos, casados, vivían con él.

Las tinieblas eran profundas. No veía nada en mi derredor, y todo el ramaje de los árboles, chocando entre sí, llenaba la noche de incesantes ruidos.

Percibí por fin una luz, y poco después, mi compañero golpeó á una puerta. Nos contestaron unos gritos agudos de mujeres. Luego, una voz de hombre, una voz ahogada, preguntó:

—¿Quién es?

Mi guía dijo su nombre. Entramos. ¡Presentóse á mis ojos un cuadro inolvidable!

Un viejo de cabello cano, con la mirada extraviada, con un fusil cargado en su mano, nos esperaba en medio de la cocina, mientras dos jóvenes robustos, armados de dos hachas, custodiaban la puerta. En un rincón obscuro, ví á dos mujeres arrodilladas, escondiendo su rostro contra la pared.

Nos explicamos. El viejo dejó su arma y ordenó se preparara mi habitación; luego, viendo que las mujeres no se movían, me dijo bruscamente:

—Sapa usted, señor, que he muerto á un hombre: cumple esta misma noche dos años. El año pasado, vino y me llamó. Lo espero de nuevo ahora.

Lo tranquilicé como pude, alegrándome, por otra parte, de que la casualidad me hubiera llevado, justamente aquella noche, á presenciar el espectáculo de un terror supersticioso. Conté algunas historietas y llegué á calmarlos, más ó menos, á todos.

Cerca del hogar, un viejo perro, casi ciego y con dos enormes bigotes, uno de aquellos perros que recuerdan á personas conocidas, dormía, con la nariz escondida entre sus patas.

La tormenta en su apogeo, hacía temblar la pequeña casa, y por una angosta ventanilla veía, á la luz de los rayos, los árboles violentamente sacudidos por el viento.

Conocía que á pesar de mis esfuerzos, se hallaban todos invadidos por un terror profundo; cada vez que yo cesaba de hablar, sus oídos procuraban escuchar á lo lejos. Cansado de presenciar ese espectáculo de miedo ridículo, padí se me llevara á dormir cuando el viejo guarda dió un salto sobre su silla, tomó de nuevo su fusil, y balbuciendo con palabra inconciente, dijo:

—¡Ahí viene! ¡ahí viene! ¡Lo oigo!

Las mujeres cayeron de nuevo de rodillas en su rincón, escondiendo sus caras; los

hijos volvieron á tomar sus hachas. Iba á intentar calmarlos una vez más, cuando el perro se despertó bruscamente, y levantando la cabeza, alargando el cuello, mirando el fuego con sus ojos casi apagados, emitió uno de aquellos lúgubres quejidos que hacen estremecer á los viajeros de noche en el campo. Todas las miradas se dirigieron hácia él. Quedábase el pobre animal inmóvil, erguido sobre sus piernas, como aterrado por una visión; y empezó á ladrar contra algo desconocido, horrible, sin duda, pues se le erizaba el pelo. El guarda, livido, gritó:

—¡Lo siento! ¡lo siento! ¡Estaba conmigo cuando lo maté!

Las dos mujeres fuera, de sí, pusieronse á gritar junto con el perro.

A pesar mío, sentí un calofrío en la espalda. La visión del animal, en aquel lugar en aquella hora, en medio de personas aterradas, ofrecía un horrible espectáculo.

Durante una hora gritó el perro sin moverse, gritó como angustiado por un ensueño, y el miedo, el miedo espantoso, me invadía. ¿Miedo de qué? ¿Acaso lo sabía? Era el miedo; eso es todo.

Quedamos inmóviles, lividos, á la espera de un acontecimiento horroroso, aguzando el oído, con el corazón agitado, estremeciéndonos al menor ruido. El perro empezó á dar vueltas por la habitación, olfateando las paredes y gimiendo siempre. ¡Aquel animal nos volvía locos!

Entonces, el aldeano que me había acompañado, arrojóse sobre él, y en una especie de paroxismo de terror, abriendo una puerta, que daba á un pequeño patio, lo echó afuera.

Callóse en seguida, y quedamos en un silencio más aterrador aún. De repente, sufrimos, todos al mismo tiempo, una especie de estremecimiento: un ser deslizábase contra el muro exterior, del lado del bosque; pasó luego por junto á la puerta, á tientas al parecer, tocándola con mano vacilante. Durante dos minutos no se oyó nada más; luego volvió el ser misterioso, frotándose contra el muro, rascándolo ligeramente, como haría un niño, con sus uñas. Improvisadamente apareció una cabeza delante del vidrio de la pequeña ventana, una cabeza blanca, con dos ojos brillantes como los de una fiera. Salíó un sonido de su boca; un sonido vago, como un quejido lastimero.

Oyóse un estampido formidable en la cocina. El viejo guarda había disparado su fusil. Precipitáronse de repente los hijos, y taparon la ventana con la mesa de comer, la que aseguraron con el aparador.

Les juró á ustedes que, al oír la detonación del fusil, que estaba yo lejos de esperar, experimenté una angustia tal en mi cuerpo y en mi alma, que me sentí casi desfallecer, casi morir de miedo.

Quedamos hasta el alba, incapaces de hacer un movimiento, de decir palabra, encogidos en un anonadamiento indescriptible.

Nadie osó salir hasta que apareció por una rendija de un tejadillo un pálido rayo de luz.

Junto al muro, cerca de la puerta, yacía el viejo perro, con la garganta atravesada por una bala . . .

GUY DE MAUPASSANT.

URIEN, SHINE & Co

IMPORTADORES

369 Perú 371

Buenos Aires

TELEFONO

UNIÓN TELEFONICA 1450 (Avenida) COOPERATIVA 1700

SUCURSALES EN:

DUSSELDORF (Alemania) — WOHVERHAMPTON (Inglaterra) — NEW YORK (Estados Unidos)

LA PROTESTA

DIARIO DE LA MAÑANA

reciben toda clase de denuncias por abusos de autoridad, patronales, etc. etc.

REDACCION Y ADMINISTRACION:

359 Calle Cordoba 359

Buenos Aires

Anuario Cartológico

Sud Americano

ACABA DE PARLACEE

Director: A. PELLICER, ex-director de las Revistas «NOOGRAFIA» y «TARJETA POSTAL» que ha demostrado su innegable competencia en la materia.

Trátase de hacer obra original y útil, elegante y artística, que sea la voz verdadera del coleccionista; archivo de pensamientos de descolantes personalidades; ramillete de sentencias, proverbios, aforismos, cantares y epigramas; album de reproducciones de hermosas tarjetas, últimas novedades ó ilustraciones y viñetas de reputados artistas; algo sobre la nueva lengua universal ESPERANTO, de la que tanto se usa para el intercambio postal internacional, sección destinada á los albumes particulares con transcripción de culminantes escritos; descripciones artísticas; conceptos de colección de pensamientos originales de todo orden: cuanto sea novedoso y relacionado con las tarjetas postales, *Almanaque*, y LA MAS EXTENSA LISTA QUE SE HAYA PUBLICADO DE COLECCIONISTAS NACIONALES Y DE LOS MAS IMPORTANTES EXTRANJEROS, etc., etc.

Para figurar en esta LISTA DE COLECCIONISTAS, basta enviar una tarjeta postal con la firma y domicilio del remitente al editor P. TONINI, FLORIDA 470—BUENOS AIRES. Los que deseen añadir algunas indicaciones más pagarán 0,20 centavos la línea.

“MUSICA PROHIBIDA” UN VOLUMEN DE VERSOS

POR ALBERTO GHIRALDO

Precio: **Un peso.** Pedidos á la Administración de Martin Fierro

Santiago del Estero 1072

Buenos Aires